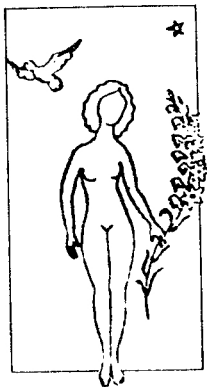


WANTO A J. S. S. S.



Canto a la ciudad

CORAZON LEGAL DE LA REPUBLICA

Hecho el depósito que establece la ley
sobre derechos del autor N° 11.723.

Primera edición de 2000 ejemplares.

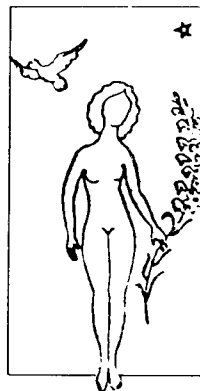
Cop. by Distribuidora del Litoral S. A.

GASTON GORI

Canto a la ciudad

CORAZON LEGAL DE LA REPUBLICA

LOS SEIS CAMINOS



EDICION DISTRIBUIDORA LITAR S.A.

— 1981 —

“CANTO A LA CIUDAD”

Creo que escribí este poema a la ciudad donde transcurre lo más importante de mi existencia, porque alguna vez la sentí claramente latinoamericana, iluminadas ciertas implicancias históricas en viajes desde Tierra del Fuego hasta Canadá —sobrevolados los EE.UU.— que me la ubicaron en modalidades hemisféricas, dilucidados sus orígenes y enaltecidos sus fervores palpitantes aún de llanuras, ríos y legendarios bosques. A la manera de Eduardo Couture, la comarca fue vista en el mundo. Y nació una necesidad del alma: cantarla.

Destiné para este opúsculo la viñeta que dibujara Miguel Brascó para “Espadalirio” como una forma de conservar un símbolo de aquel breve y fecundo movimiento literario que enaltecó la hermandad en la poesía. Incluyo además “Los seis caminos”, (no transitado aún el séptimo) como confirmación actual de aquella fraternidad viva y hermosa.

Gastón

CANTO A LA CIUDAD DE SANTA FE

I

Naciste oscura y heroica
inaugurando barrancas,
despertando virgen asombro
inexpresado de pájaros,
de insectos y animales,
de indio agazapado.

Inauguraste el aire
con palabras castellanas;
inauguraste para siempre
la arena y la tierra.
Río abajo las aguas
se llevaban las voces
y se esparcían al viento
rituales del fundamento
solemnidad de los rezos.

Noviembre encendía ceibos,
y el canto en los yuyales

de llanura, islas y esteros,
era el rumor conocido
en bosque y tierra adentro
de Asunción;
y la misma soledad
inmensa visitada,
y el mismo sopor
del aire y su perfume
y el batir
del agua en la ribera.

Era todo el rumor
y era todo el silencio
desconocido;
tras calma en el misterio
vendaval de maleficios.

El brillo del sol apaciguado
en el sur,
era el mismo espejo caliente
y azul
acero y contingente en la luz.

Pero ese día inicial
se deslumbró de brillo
al herir el sol la espada
del Fundador.
Corte en la luz, juramento
y valor,
allí donde fueron testigos
hombres, río, monte, pajonales
y "naturales enemigos".

Encendido el pensamiento:
puerta de la tierra,
y soledades, Dios y el firmamento,
el lejano Tucumán
y Santiago del Estero.

Remota y apartada de socorro
te amaron recién nacida,
no te olvidaron muerta.

II

Eras apenas levantarse
del suelo algunos ranchos,
y un soñar de acero y luna,
de oro arisco,
de lanzas y caballos;
eras puñado de gente,
peces de río irredento,
yuyos y orilla silente.

Ciudad de tierra y agua,
ciudad de rancho y casas
dejando para mirar el cielo
todo el aire arriba,
todo el campo abajo.

Un sueño de cabildo,
para el mando,
un hondo rumor de iglesia
por el bien y los pecados,

nacías ciudad sin más que las manos
y herramientas
en el hierro y la madera.

Sólo te faltaba la estrella
bíblica del alumbramiento
para iluminar tu pobreza.

Pero noviembre se encendía
en los ceibos y un derrochar de belleza
te marcaba nombradía
llena el arca del oro de la entereza,
y lleno el campo de galopes nuevos
y en los ranchos la alegría
y la tristeza,
con España lejos,
con Asunción arriba
oscura de indias y alumbramientos.

¿Quién a tus hombres y mujeres
les dio respaldo de firmamento

cotidianamente
en arenales desiertos,
en búsquedas ansiosas
de eternidad, de infinito, de tiempo,
pisando el barro reciente de los cimientos?

¿Dónde y quién del misterio
acogió el primer rezo,
más allá del hombre
más acá del cielo?
¿Quién dijo bajo los árboles
el primer verso,
quien dijo Santa Fe
y creyó que todo terminaba en eso,
en una santa fe, corazón desolado
en la tierra
y dulce ansia de lo eterno?

¿Quién por primera vez amó
allí, y allí nació
su primer beso?

¿Quién agónicamente
preguntó por la vida, por el mundo
y su misterio?
¿Qué hijo de tu suelo
padeció delirio
en el aire virgen de suspiros?

Alguien dijo: — Dios en el cielo
en la tierra las vacas,
y un ensueño de pezuñas
pobló montes, llanuras, aguadas.

El yeguarizo y el toro,
la resignación del oro;
en el agua blanca
el brillo de la plata.

¿Cuándo supiste que tu tierra
poblada,
era un punto apenas
para el barco,
el alimento y la aventura

en otros ríos y montañas lejos,
y vacadas en las llanuras?

¿Cuándo dormida junto al río
te despertó la certeza
del futuro en el sitio,
multiplicaste los techos,
pajizos,
y coloreaste de tejas
la flor del horizonte arriba
donde iglesias
y campanas espantadoras
de pájaros
rompían el infinito
desamparo
azul del destino?

III

A todos tus hombres iluminaba
una sola claridad,
pero los hijos de la tierra
te querían amar
con otra libertad.
Otros vientos sacudieron
sus melenas,
jugos de otras uvas
ellos bebieran.

El poderío lejos
y la soberbia cerca,
los "bien mancebos"
atisbos sintieron de patria nueva:
nacimiento de derechos,
iguales en la paz y en la guerra.

¡Oh el alma de la conjura!
¿En qué rincón, cerca de qué agua,

bajo que algarrobo o aromito
nació la palabra
de los siete jefes?
¿Qué verdaderamente soñaban
entre el derecho y la espada?

Tenían ojos para ver,
los caminos buscaban.
El silencio de la noche
no los amparaba.

Siete jefes y una tragedia:
¿la patria asomaba?
Santa Fe tuvo en ellos
a dueños de la alborada.

En esa noche de Corpus
noche de Cristo simbólico
siete jefes, siete criollos:
por ellos se lloraba.

IV

Un día te fuiste
como se van las aves
dejando el nido.

Un destino de ríos
y barrancas,
de indio,
de caballo y de vaca
al suroeste te empujaba.

La viña en tu suelo
no te arraigaba;
el trigo escaso
lejos te maduraba.

El árbol astillado
en el fuego se quemaba,
y se quemaba el amor
a tu tierra enarenada,

pero pensabas, ciudad,
otras riberas, otras aguas,
y en la tierra lejos
donde el sol se acostaba.

Te salías de tu sitio,
en otro sitio pensabas;
los mismos peces irían
navegando por las aguas,
los mismos sauces
en tus islas lloraran.

Allí quedarían recuerdos,
allí donde estabas,
y casas para alegría del viento
sin puertas ni ventanas.

El viento se apoderaría
de todo lo que dejabas,
la última flor doblaría
sus pétalos abandonada,

y una sombra y otra sombra
por tus calles se arrastrara.

Te irías ciudad, para ser la misma,
la vieja desgarrada
tejas caídas y muros,
la nueva que se alzaba.

Te trajiste
para ser la misma,
el filo de la espada,
la mordedura de la espuela
en los ijares,
la semilla poca en la mano,
tu gente india,
tu gente blanca.

El cinturón de los ríos
apretando tu cintura,
sin nostalgia de cielo,
sin añoranza de agua.

En el damero escaso
el mismo sol del alba
y del ocaso
dibujaba las mismas sombras
de techos y muros
en la tierra y en la arena.

¡Eras la misma y nueva,
con tu sangre joven,
con tu alma vieja
de España
renovada de estirpe
americana!

Guarida del alarido
al norte los quebrachales,
y de misterio inmenso
al sur los pastizales
alfombra te tendían,
horizonte para la muerte
y para la vida.

El camino de los ríos
te sacaba a las afueras
del mundo conocido.

Ya tenías tu sitio
en el universo,
para moverse la vida
para aquietarse la muerte.

V

Entre un sur de gramillares
y un norte montaraz,
mojada en tus costados
fuiste remedo de España.
Cada bula o cédula real
llegaba con su pompa
de lacre y sello,
entre tus paredes de barro,
tus techos de tejas,
el adobe seco,
blando de arenal
el cimientto
y la humildad de las viejas
y el celo clerical,
todo era grande a lo lejos,
y cerca era pequeño.

Eras nada más que un sueño,
una larga siesta

y perfume de naranjal,
para el empaque tieso
de un señor entre cívico y monacal
que fuera por tus calles
regidor de soledades,
impartidor de justicia,
benedicidor de almas blancas
y alguna negra
intención de intriga
sin pena ni gloria
entre tus tapias moría.

¡Oh Santa Fe que ibas
hacia techos de azotea,
hacia calles empedradas
creyente y dulce,
somniafante y nostálgica!

En los patios y aljibes
perfumes de magnolias
y jazmines;

cantares de esclavos negros
en las quintas,
y una señora y otra
conversando de señoritas . . .

Si madura de voces castellanas
y de palabras indias,
por tus calles un viento
de libertad corría;
rosa rara es la vida
y no hay rosa que deshoje
fuera de tierra querida.

VI

Todo era una sola forma
de patria;
hasta en las polvaredas
sombras de los cascos,
y en las lanzas
y fusiles,
te reconocían tus hermanas.

Soldados de crencha al aire,
fieros de coraje y sable,
por Arroyo del Medio
eran hermanos
de otros soldados;
peleaban por el abrazo.

Los tuyos Santa Fe,
retornaban a glisinas
y jazmines del'aire,
los de Buenos Aires
respiraran la fragancia

del mar,
la sal de los vientos;
entrerrianos y correntinos,
la misma pata de caballo,
la misma vincha y el grito.

En la patria
una misma la sangre,
el mismo ceibo derramando
su color,
el mismo sauce,
fluvial y ronca de guerra
y amor sobre la tierra
para una patria común.
Santa Fe entera,
de norte a sur,
virtiendo el caudal de sus sueños,
ya brigadier o general,
una misma la espada
y nación en libertad.
¡La rosa cada provincia
y el ramo lo federal!

VII

Bajaban de tierras altas,
diputados de montañas,
—constituyentes—
o de viñedos;
traían la imagen de vicuñas,
la neblina azul de las mañanas;
condorizaban alturas,
unidos al llano de los pueblos
pampeanos
por el lazo común de la tierra
y el pasado.

Bajaban las mulas entre piedras
y ellos con la azucena
del pensamiento,
blanco de intenciones
rojo de padecimientos históricos,
venían con lentitud de leguas
victoriosos de luces,

si no en paz, en tregua
convulcionada,
en país de laureles sangrientos,
en patria ilusionada.

Bajaban a Santa Fe
desde las tierras altas,
desde viejos caminos tucumanos,
iban a las polvaredas
santiagueñas,
palmerales del valle Calchaquí
anticipaban penachos
coronando el cielo.
Venían constituídos
de almas firmes,
de leyes aprendidas
en rudas montoneras y en los libros;
venían a encontrarse
con la república;
desde el cielo brumoso
descendía la luz a los caminos

y ellos andaban lentos
transidos de patria y su destino.

Se vieron llegar hombres
al corazón legal de la república.

Cruzaban las aguas turbias
diputados del Paraná
de las verdes cuchillas,
de más allá del Guayquiraró.
Habían pisado tierra
de antiguos huesos sepultados,
de muertos guerreros,
de ilustres degollados,
y el último cacique
respiraba el aire de los montes
cuando ellos llegaron.

Diputados en préstamo de patria
chica,
junto al río de todos,

diputados de las palomas
y los venados,
de la tierra desierta
y del brillo de la estrella,
diputados de la pampa
sin arado y sin simiente,
del mugido hondo de las vacas,
del pueblo escaso,
de muchedumbres soñadas,
diputados de riqueza legislada.

El Paraná torrencioso
los salpicó de espuma;
techumbres de Santa Fe
cobijaban el fuego,
y corría por las calles
la risa de la fiesta.

Se vieron llegar hombres
al corazón legal de la república.

Diputados constituyentes
del hombre a caballo
y del sueño de la simiente.

VIII

El caballo relincha en el aire,
su fuerza cubre la pampa,
y al frente un mar de pezuñas
mueve las olas de guampas.

Santa Fe de montes y caballos,
de maizalitos y zapallos,
¡qué pobres y hambrientos de patria
se yerguen tus gauchos!

La sotana de la noche
aquieta las almas
y en tus calles dormidas
se refugia el silencio
de la pampa.

El día hacia el rumbo de los sauces
lento se levanta,
a tu costado de horizonte abajo

por donde corre el Salado,
algunas vacas mugen
y el vicherío se levanta.

Oh Santa Fe de nervios
y de lanzas,
de revolución y azonadas,
la mies te esperaba.

El hombre siembra la tierra
y el fruto vuelve al hombre.
El hombre es uno solo
no hay un hombre y otro hombre.

En la pampa desierta
donde azotan las tormentas,
la riqueza semoviente
los cardales y osamentas,
sin el beso de niños,
sin mujer en el horno,
sin hombre en el arado
y un fuego en un rancho;
telarañas en el cielo

telaverde pastizales en el suelo,
¡qué pobres y hambrientos de patria
cabalgan tus gauchos!

Los esperaba el trigo,
los esperaba el llanto
de los niños
en los ranchos
y las vastas siembras
azul esperanza del lino.

El hombre es uno solo,
uno mismo el gaucho
y el gringo.
Hermanos en el mundo,
hermanos en el trabajo,
en la risa, en las mujeres,
en el lazo y el arado.

Debían llegar los gringos
para ser hermanos,
y los gringos llegaron.

IX

Se pueden mirar tus ríos
desde un piso catorce,
y tus aguas crecientes,
bello camalotal a la deriva;
te pueden ver extendida
hacia la verde lejanía
remota, frutal
y labrantía.

El nombre de Garay vino
por los arenales,
con las sillas y las mesas;
vino con las raíces,
las hojas de los árboles
trasplantados,
y está en la antena
de las radios,
en la torre del Canal.

Vino con los bueyes
y caballos,
con los catres de tientos,
con estoques y puñales,
y está en los ventanales,
en paneles de cristales,
en el asfalto,
en el puerto y sus barcos
de ultramar,
en los silos de cereales.

Vino en el silencio
de un rumbo de agua,
y en la alegría del viento
desde las tejas y el barro,
desde el sitio viej

El nombre de Garay
se arrastra en tus cimientos
y sube hasta la punta
de las torres,

y recorre los arcos de los puentes,
entra en tus edificios,
sale a los patios,
a las terrazas,
y en las avenidas
se derrama con el sol
de la mañana,
alegre de historia,
viejo de papeles,
redivivo y recio de espada al cinto,
de casco y pectorales,
joven de presente
antiguo de hechos,
serenado de gloria.

Eres la desconocida
del hombre del Quiloazas
simiente de tu vida,
del que viera sangrar
los ceibos
en alborada de noviembre,

y sin embargo él está
en tu tierra,
en tus caminos,
en la luz de neón
y en letreros nocturnos,
en la voz que te nombra
y en la voz de la historia;
en Santa Fe la Vieja
y en Santa Fe de cemento
y aviones,
de túnel y autopista,
de lejanos malvones,
de brillante nylon
en las flores . . .

X

Tus remotas soledades
ya no existen;
ni una pampa lúgubre te rodea;
ni aljibes con adornos ferreteados
y sus mármoles;
ni madre selvas
en tejidos de tus calles.
No florecen en masetas
los jazmines,
ni perfuman tus noches naranjales;
las luces de mercurio
bajaron a tus calles
estrellas deslumbrantes,
y panales de cemento
cuadrículares y rígidos
geometrizan los vientos.

Nadie nombre adoquines
ni tabernas portuarias

—nadie nombre nostalgias—
apenas si arboledas
que disputan gorriones;
el ruido de motores
velocidad y ritmo
con un contorno de aguas
controladas
o vecinas del hombre;
una perla, ciudad,
engarzada entre ríos,
y puentes y canales
y quintas y frutales,
con su brillo y su sombra
argentina y latinoamericana.

El mundo está en tus calles,
te conmueve una bomba en Indochina,
y te importa Watergate;
tus calles son el mundo,
vive el universo
en penas y alegrías

de tus mujeres
y tús hombres,
y lo terrestre
y lo eterno
están contigo, en ti,
universal
argentina y latinoamericana.

Te llegan en el aire
olores de las islas,
peces, de vivo níquel,
y nostalgia del mar
en ojos de inmigrantes;
por tus calles pasean
sus deslumbramientos
viajeros continentales,
y el humilde camina
por ellas su humildad,
y el que trabaja,
y el que ama y el que olvida,
el que sufre y el que odia,

y el que piensa, te siente
argentina y latinoamericana.

Nadie nombre la siesta;
nombre al pescador,
al chofer del ministro,
y al hombre que gobierna;
el codo con lustrina,
la sirena del diario;
y nombre la cerveza,
quizás también las rosas
en los escaparates,
y ese color cetrino
de los que llegan pobres
de los algodones,
o rostros rubicundos
venidos de trigales,
y las sonrisas grises
de los oficinistas.

No te queda del indio
nostalgias de los montes,
ni de viejos tunales el recuerdo.

El mundo está en tus calles.
Está el recuerdo del brigadier
recogido en archivo,
en la estatua con musgos,
en el libro;
está el francés De Gaulle,
o el italiano Gásperi,
Arguedas ó Moravia:
en tus calles está el mundo
argentina y latinoamericana.

Palpitará la aurora
nueva de los tiempos,
y estarás en la línea
del fuego y del clavel,
de la rosa,
del martirio y amor,

y del mundo del hombre
liberado,
y Santa Fe argentina
latinoamericana,
será tu nombre dulce de nombrar;
de los cimientos
renacerá Garay
más lejano, brumoso,
será el tiempo de amar
el tiempo de vivirte
argentina y latinoamericana.

~.~

LOS SEIS CAMINOS

Dije: — Este camino serpenteante entre bosque
y bosque y liana y enredaderas altas,
va hacia alguna parte.

Hice el camino entre bosque y bosque.

Dije: — Este camino al borde del río vasto
a la distancia, entre ribera y ribera
de piedra y pasto
va hacia alguna parte.

Hice el camino entre ribera y ribera.

Dije: — Este camino hacia el horizonte limpio
y rojo de luz y fresco de sombra,
y entre luna y sol,
va hacia alguna parte.

Hice el camino entre horizonte y luna.

Dije: — Quién pudiera llegar por el camino

de luz hacia la difusión del universo,
quién pudiera llegar.
Hice el camino de luz hacia el universo
yendo hacia alguna parte.

Nada había al final de bosque y bosque,
al final entre las riberas
y entre la luz y la sombra de luna y sol,
y me perdí en la difusión del universo.

Pero hice los cuatro caminos alegremente.
La tristeza agobia al nardo del bosque;
agobia la mortecina luz de la tarde;
corre triste y silenciosa agua
entre ribera y ribera,
y triste es la sombra del horizonte.
Mas fui sin tristeza hacia la tristeza.

Quinto camino

Dejé lo que entre bosque y bosque
a la sombra de la nada
me llevaba.
Dejé el verdor de las riberas
y sus pastizales altos y piedras,
y las aguas que corrían,
y la desembocadura
y su incertidumbre.

Dejé el horizonte y la noche
y la luna y el sol que me indicaron
un sendero de luz,
pero hallé la sombra.

El universo inexplicable en definitiva
o demasiado claro en su final
—de hielo y derrota sideral—
dejó de llamar a mi angustia
y a lo eterno y a lo mortal.

Mas hacia alguna parte mi vida
se encaminaba sin saberlo
después de andar por cuatro caminos.

Y caminé hacia el Hombre,
hacia el minúsculo ser en su naturaleza;
y lo vi débil y lo amé
y por ello me amé a mí mismo
en todos los hombres.

No busqué este camino.
El camino se me acercó en el beso
del amor, en el llanto de alguien invisible,
en la alegría de otros,
y en mi propia alegría.

Este no es un andar en desconcierto:
es una manera de estar en el mundo
con todos los que buscan justificación,
es estar en el Hombre.

No me conduce a nada más que al Hombre,
no me conduce a nada más hermoso
que el Hombre, y su vida y su muerte.
Este camino me deja estar apasionado
e ilimitado en la esperanza;
este camino es nada más que vivir
y amar y confiar y creer y desear.

Embelllecido está con ensueños.
Donde no había nada porque a nada
llevaban los otros caminos,
está el Hombre.
Estamos amándonos y padeciéndonos
nosotros los hombres.

Y ésta es una obligada ruta sin salida,
y ni siquiera busco evadirla
ni encontrarla. Me basta haber hallado
y estar con el Hombre.

Y tengo con él bosque y ribera,
horizonte de luz y sombras,
y seguridad en el universo.

Sexto camino

Dije: — Más allá del Hombre brilla un sexto camino
de luz, de eternidad, inmensurable,
de vida y de muerte, de misterio o de milagro,
de la nada en el todo,
o del todo en la nada perfecta.

Intenté el sexto camino de luz,
de eternidad, de absoluto;
intenté el temblor de hallar a Dios,
el más allá de la vida.

Mas lo hice con orgullo,
—firme en la desesperanza—
y cuando grité la angustia de lo absoluto
lo hice con desesperación;
de rodilla en la tierra,
de rodilla ante el árbol, la flor,
la mesa del pan,
lejos de la eternidad . . .

Hice el sexto camino sólo en su embocadura,
lo hice, si, de rodillas
mas lo hice entre riberas
y liviandades del alma.

Dije: — Este es camino para hacer de otra manera,
mas yo la ignoro en su recta luz,
y me enturbio de humanidad soberbia,
amatoria y rendida sin rendimiento.

¿Es todo, en definitiva?
¿Queda algo más en la voz?
¿Queda algo más de sufrimiento?

A ciegas voy por el sexto camino,
y esto es un derrumbe de infinito . . .

*Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos LUX
para Distribuidora del
Litoral "Litar" S. A.
Noviembre de 1981
Santa Fe*

